

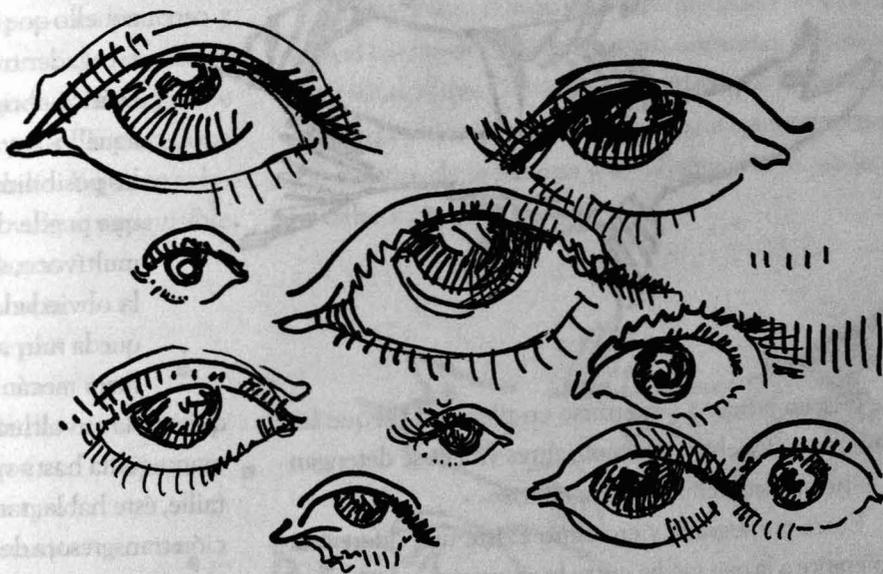
Escritura como cuerpo del deseo

ALINE PETTERSSON

De interrogarse una vez más qué hace a la persona escribir, buscarse, volcarse en la escritura, ¿habrá alguna respuesta novedosa? ¿Habrá solución a cuando menos una de las grandísimas preguntas que se suelen formular a lo largo del microscópico tiempo de cada quien? Supongo que no vale la pena, siquiera, detenerse a pensarlo. Porque seguirán las preguntas y seguirá, asimismo, el camino individual

que cada uno se traza, sin percatarse o aceptar del todo que esas preocupaciones, como el dinosaurio monteroseano, ahí siguen y seguirán. ¿Desde hace cuánto tiempo? Desde que el ser humano se asumió como tal. Entre animal y ángel, quizá. Pero, bueno, de cualquier forma, aquí no se trata de buscar al ser angélico, sino al de carne, de carne y algo más.

Y dentro de ese algo más, me parece que se ubican tanto el cuerpo de la escritura como la búsqueda de aquellos otros rincones del cuerpo a secas, de esas sombras, huecos, hendiduras, escorzos que no pueden abarcar —del todo— el tacto, la vista, el resto de los sentidos. Si el deseo, y con más exactitud, el deseo carnal, no fuera motor de las acciones, hasta el mismo Homero se habría quedado sin su cuento. Deteniéndose un instante en esa historia, es bueno recordar que Helena representa el ejemplo de bulto —de un bulto de tejido adiposo distribuido de manera más que excelente— de la belleza femenina que le es dado contem-



Reynaldo Velázquez

plar a Paris. ¿Qué era, pues, Helena vista de lejos?, ¿vista de lejos a través de la imaginación? Ni más ni menos que el más alto grado de lo perfecto hecho carne, pero, esencialmente, hecho deseo.

Así, el erotismo es esa posibilidad grande de seducción que se ejerce —en este caso por medio de la escritura— alrededor del deseo en un acto del que la fisiología puede dar puntual noticia.

Pero, ¿dónde queda el erotismo? Para mí que el erotismo es lo que, partiendo de la carne, va más allá o más acá de ésta, es el poder maravillado y maravilloso de la imaginación. Aquí, de forma inevitable, se tiende un puente entre el hurgar en los tejidos de la escritura, que, por su propia naturaleza, desea adueñarse del objeto del deseo y, así, vivificarlo, y entre los tejidos auténticamente de carne de alguien concreto. Y, entonces, poder duplicarse en ese espejo al que le es dado avivar el fuego al interior del espacio florido del contacto amoroso. Espacios —ambos—



Reynaldo Velázquez

que buscan poseer y penetrarse en plenitud tal que las fronteras se disuelvan y las corrientes vitales se detengan en el tiempo sin tiempo del encuentro.

Entre pornografía y erotismo existe una diferencia semejante a la que media entre la margarina y la mantequilla, consagrada, esta última, hace ya muchos años, como herramienta erótica en una inolvidable película. Y si bien es cierto que el erotismo y, para el caso, la pornografía no son exclusivos de lo escrito, es obvio que en el resto de las manifestaciones artísticas hay mucho material también. Sin embargo no es menos cierto que nos encontramos aquí para explorar el asunto alrededor de las letras. Dice Steiner que seduce —excita digo yo— más Tolstoi dejando a los personajes cerrar, tras ellos, la puerta de la alcoba, que cualquier descripción minuciosa que ilustre lo que hicieron ahí dentro. ¿Y qué es lo que seduce? La capacidad inconmensurable de la imaginación que va a poner en escena su propio deseo. Entre el *Kamasutra* y *Masters and Johnson* están contempladas las posibilidades y alcances de la gesta sexual. Obvio es que el *Kamasutra* resulta mucho más atractivo. ¿Por qué? Por la magia —no pragmática— de palabra e imagen.

Aquí tendría yo que recordar a una extrañísima sexóloga neoyorkina, de aspecto y voz —siendo benévola—

muy poco agraciados, que daba, ahora sí, pelos y señales (esto era antes del viagra) para que la pareja que la consultaba en la televisión tuviera, y la cito: “A little orrgasmmm.” Les explicaba qué hacer, dónde tocar, de qué manera, y cuánto tiempo. Era casi como la invitación perfecta a la perenne castidad. Sonaba francamente repugnante. El asunto es que cuando la imaginación es sitiada por la tecnología —aunque aquí sea de carácter no industrial—, ésta, no puede menos que languidecer y morir, y con ella, también muere el goce.

“El erotismo es un aspecto de la vida interior del hombre”, dice Bataille. Para mí se trata de aquello que se elabora a partir del afuera, pero que en el adentro florece. Y es función de la literatura erótica abrir los cerrojos a los sentidos internos, aquéllos cuya potencia es tan vasta como vastas son las posibilidades imaginativas del deseo. El factor que puede desencadenarlas es el poder ambiguo, multívoco, sugerente de la palabra. Es por ello que la obviedad de la pornografía, en mi opinión, se queda muy abajo en la escala de la seducción. Es la mera mecánica del hecho. Las instrucciones para quitarle la envoltura a la margarina y nunca las de batir la mantequilla hasta volverla crema. Pero, regresando a Bataille, éste habla, también, del *interdicto*, porque la invitación transgresora de lo prohibido abre una brecha enorme al mero mecanismo fisiológico reproductivo, reductivo de las posibilidades del placer.

Tenían muchísima razón aquellos abuelos de retorcido bigote cuando le ocultaban los libros de Zolá o Louÿs, por ejemplo, a su joven prole. Y digo que ocultaban los libros en el fondo del librero, y no que los echaban a la basura, porque la seducción de sus páginas despertaba peligrosamente, por un lado, la imaginación de aquellos adolescentes, pero, por el otro, despertaba a los mayores de su probable letargo erótico. No, nadie se deshacía de los libros, eran un regalo que le prestaba cuerpo al deseo, porque, además, se trataba de verdaderas obras literarias, y de ahí su eficacia.

Los tópicos, los tonos suelen sufrir cambios acordes a la temporalidad en que se producen. Así, me parece que la incorporación de la mirada femenina en la escritura erótica contemporánea le permite a ésta un giro interesante. Ha estado presente siempre, de inmediato surge el nombre legendario de Safo. Pero sería absurdo no ver que apenas desde hace un tiempo relativamente corto las mujeres decidieron romper el monumento de tur-

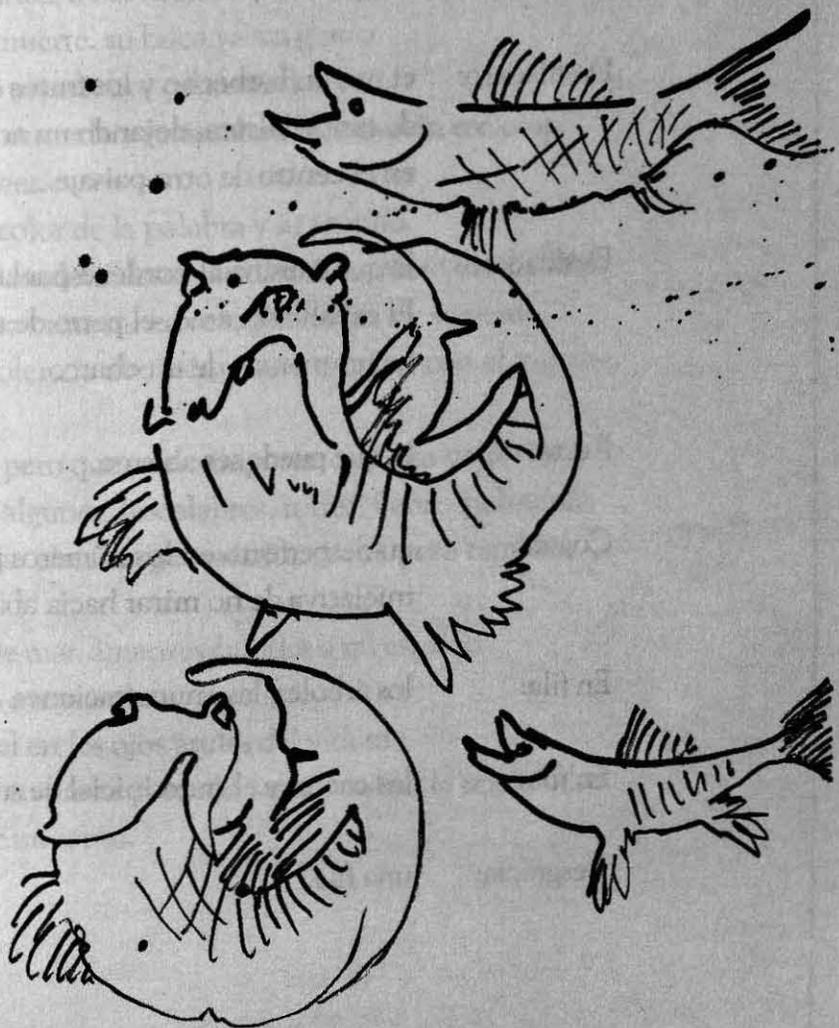
gente mármol a donde se les tenía encaramadas e inmóviles. Decidieron demolerlo desde el mismo pedestal, y, luego, armar su cuerpo de nuevo en el cuerpo de la escritura y en las posibilidades de su propio deseo. Decidieron cantar desde esa vida interior —femenina, en este caso— de la que habla Bataille. Además decidieron ver y escribir sobre el cuerpo del hombre como objeto de placer. Y el hombre se sintió, entonces, desnudo por primera vez, desde que lo echaron del Paraíso, buscando, con desesperación, su hoja de parra. No le ha sido fácil asumirse expuesto en el escaparate, con la espada al aire, sin el resguardo de su rodela.

El poder de sugerencia expansiva de un texto literario —en realidad, de cualquier tipo— es inmenso y cala hondo. Como función placentera, que retribuye con largueza, ésta, en los tiempos que vivimos, parece ser que cobra más por el billete de entrada. Es decir, que el *show* de la imagen suele ser más barato. Y quiero aclarar que me refiero solamente a una vulgar y previsible puesta en escena virtual o de bulto o al morbo de un pasquín. De nuevo, la distancia entre margarina y mantequilla, entre placer y placebo. No que el placebo no cumpla una función, es sólo que más vale llegar a la crema, al mero fondo. ¿Y qué es llegar a fondo? Porque desde luego que no se trata de celebrar dificultad y oscuridad textuales muchas veces gratuitas. Y en el caso de los pasajes eróticos, hacerlo así, sería suicida. La única oscuridad necesaria aquí es la de aquellas regiones donde se agita el cuerpo del deseo.

La posibilidad que tiene la literatura de enamorar al lector, si éste se deja hacer, suavemente, con malicia, con encanto, con audacia, si permite ser tocado, para, luego, perderse en el flujo de la escritura; y, así, ponerse el traje —que aquí sería quitárselo—, es muy grande. El acto de escribir ofrece, a quien a ello se dedica, un estremecimiento que llega a lo físico, donde se borran las fronteras entre el afuera y el adentro, para, entonces, vislumbrar una epifanía. Pero ese mismo deleite se le ofrece a quien lee. Porque al escribir de nuevo el texto a partir de la lectura personal, la seducción se impone y la persona elabora y

reelabora las delicias del universo que va a desplegarse entre las páginas. Y, vez a vez, un universo rico, pero también distinto, se hace presente. Porque la palabra sólo sugiere, no determina. Es un juego de luces y sombras, de silencios vibrantes y alternativas tan contenidas o desmesuradas como se desee. Cada quien establece los límites, cada quien navega —a su propio ritmo— por las aguas vivificantes del verbo.

Me parece que si —como ya dije— cualquier escritura proporciona la excitación temblorosa del encuentro, entre el ser y la palabra, ninguna como la erótica ofrece esa fiebre que, para mí, debe ir entrando lenta pero fatalmente. Porque así irá tocando una a una las regiones, todas, donde el cuerpo del deseo se hace uno con el cuerpo de la escritura, pero, asimismo, con el cuerpo a secas, el que Gorostiza sabe sitiado por la epidermis, pero aquí, venturosamente, la propia epidermis recibe los efluvios de la palabra y se inflama, y se humedece y se deleita. ♦



Reynaldo Velázquez